

Reseñas

Luz corriente

AMAYA ORTIZ DE ZÁRATE
UNIVERSIDAD COMPLUTENSE DE MADRID

Luz corriente.
Francisco Baena.
Pre-Textos, 2014

Para Paco

Este es un libro sin aparente dedicatoria.

Sin embargo, el edificio completo de tres plantas, con su foso y su puente levadizo, está dedicado a la memoria.

Todo en él queda enmarcado bajo la enseña *in memoriam*.

El fondo del que nace, el enemigo, sería la dificultad para narrar imperante y, más de fondo, la constatación que tal dificultad supone del fracaso en la tarea del Padre.

Escrito así, con mayúscula, para dotarle de la dignidad suficiente.

De ahí proviene la luz que le da título, que no habría que dar por descontado, manando de uno a otro capítulo, recorriendo las generaciones que componen la trama de la historia (escrita así, con minúscula).

Una luz recortada en principio que se sabe vacilante, como la vela que titila en la obertura, cuando ya el narrador ha optado por una posición fuerte a favor del crepúsculo, del tránsito, entre dos luces:

“Martín relee en su cuaderno: ante la disyuntiva de escoger entre revelación y misterio, yo siempre escojo el misterio.”

La narración ya ha comenzado, piso primero, relatando el regreso del hijo al punto de partida; la búsqueda, en esa tierra primigenia, de lo que alumbra.

Y ahí tenemos a nuestro protagonista, Martín, presto a la soterrada tarea de relacionar, dejando en suspensión toda evidencia que no



suponga buscar la conexión más íntima, el oscuro mineral. Que no es pensar. Pensar sería la ganga de la que el buen hacer del artesano, el oscuro alquimista, obtendrá las sales necesarias.

La novela encuentra su pulso, la distancia precisa en el narrar, en el capítulo, no por azar tercero, *La noche del fuego*, dedicado al abuelo Miguel.

La inmersión del lector en ese universo recreado es deliciosa. Posee la levedad de lo perdido irremediadamente y los personajes adquieren una talla no por sencilla menos mitológica.

Sólo queda acudir a la cita con la muerte del padre para recobrar su mensaje, cifrado en un tiempo que es ahora tu edad.

Una cuestión, entonces, no sólo de memoria –inevitadamente sumergida en la profundidad de la infancia– sino también genética: para salvar la falla de las generaciones nada mejor que remontarse a los abuelos.

Para por fin acercarse al resplandor instantáneo del encuentro.

Estamos ya en el cuarto capítulo y el fuego doméstico, inofensivo, se reviste de la solemnidad del relámpago del que es familiar; puede entonces recuperarse su temblor, ahora que diez años se han cumplido de la desaparición del padre; cerrando el ciclo de la transformación.

Reconocemos ahora la aspereza de la que la escritura procede.

Nuestro forjador la aborda investido de la fortaleza que le confiere el nombre, no al azar, de Martín; de sonoridad aguda y metálica que reverbera como una pequeña campana; llevadera.

Será su espíritu la máscara, el engaño preciso para entablar el diálogo con el espíritu del padre.

Un diálogo que nunca tendrá otro lugar que el que tú le has dado. ¿Insistirá aún la queja?

Terminado el relato, lo sabremos.

Puedes sentirlo como un regusto en la lengua con sabor a sal; tan penetrante como un dulce veneno que siempre hubiera estado ahí, aguardando; desde siempre el encuentro estuvo en tu memoria ¿A quién sino a Martín podía dirigirse el padre en su final?

En la superación del abismo abierto entre un abuelo y su nieto, aún sin forma, el relato nos ha devuelto la palabra del padre –conmovedoras las cartas en las que arriesgas la primera persona con la profundidad de un siglo.

Un espacio oscuro para cobijar el relato, precisamente por la luz –que es decir, el movimiento.

Luz corriente, luz mágica, la luz que desciende de la montaña para cuajar el mineral.